



**EL PENSAMIENTO
DE UNA LÍNEA,
LINIECITA**

3º Concurso Cuentos Repsol
1º Premio en Castellano

Autora: María Martínón Torres

**LEMA: "EL MUNDO NO ES MAS QUE LINEAS,
ALGUNAS DE ELLAS, CON CORAZON"**

Año 1990

Erase una vez, una línea, liniecita, negra, delgada, sutil y muy inquieta. Vivía en una yerma hoja blanca, quizá en una de esas hojas con cuadros que un niño arranca despreocupado y sin cuidado de una libreta de espiral. Y aún siendo así de pequeña, estaba llena de altivez y orgullo y cuando por su cabecita (¿en dónde pueden tener la cabeza las líneas?) pasaba la fastidiosa idea de que podía haber nacido de un garbato vulgar o un borrón sin firma, la rabia hacía que comenzara a dar rápidas e incontrolables vueltas sobre sí misma, haciéndome recordar a un escurridizo renacuajo, que huye despavorido cuando, jugando, tiramos piedras a un río. Y todo, porque se sentía hermosa y ciertamente atractiva. Y también porque desde el momento de su concepción en la punta de una pluma, pensó que había nacido para ser algo genial, y no una letra como todas sus hermanas de tinta, porque de serlo, tendría que inventarse un diseño nuevo para ella, una letra extranjera que todo el mundo trazara en sus lienzos.

Así pues, con ansias de descubrir nuevos caminos, emprendió un viaje, en el que esperaba allá su futuro, y como diríamos hoy, su “profesión”. Y comenzó a deslizarse entre hojas y cuartillas queriendo alcanzar cuanto antes su lugar.

De este modo estuvo paseando, deambulante, páginas y páginas, y allí, hacía el fondo de la hoja, divisó entre densas nubes de polvo y arena, el perfil de un poblado indio, con sus vastos desiertos tan

poblados, y sus esteparias llanuras tan paradójicamente desniveladas, con ese telón variopinto de las pinturas de guerra que adornan las curtidas y tersas pieles de los indios. Pensó, entonces, la línea, liniecita, (aunque, ¿dónde pueden tener la cabeza las líneas?) que podría convertirse en una de esas flechas, que afiladas e hirientes rasgan el cielo, en vuelos silbantes y sonoros. Podría quizá, hacer los viajes más inverosímiles y quiméricos. Podría, en manos de un legendario jefe indio, que respira la paz en una pipa, y descifra claves en humos de fuegos fatuos, ser lanzada oteando ensoñadores panoramas, y advirtiendo la llegada de enemigos. Pero también pensó en lo triste que sería existir para herir vidas, o insertarse en corazones que habían latido en vehementes y variadas pasiones. Y pensó, que vivir, para no dejar vivir, no tendría sentido. Y desistiendo en su empeño, siguió en la ruta de su búsqueda, aunque perdiendo de vista, allá atrás, con cierta melancolía, el pueblo que se alejaba entre gritos y danzas.

Y caminando, caminando, aún sin pies, apareció, sin ser posible comprenderlo, dando rítmicas y lentas vueltas como la aguja pequeña de un reloj. “Puede resultar interesante” — pensó—” y quizá tenga algún día el privilegiado honor de conocer al misterioso hombre D. Tiempo”, con el que nunca nadie, por supuesto, había hablado. Pronto se hizo amiga de la aguja de los minutos, muy vivarachera, pero algo reservada al principio, mas el problema que

pronto comenzó a incordiarle, era que cuando se hallaban en el momento más interesante y ávido de la conversación, la alegre minutería debía proseguir su camino, y a su vuelta, tras una hora, ya que nunca recordaban la conversación anterior. En muchas ocasiones, la línea, liniecita, hubiera deseado ser segundero. Pero la verdad, es que al principio, llegó casi a convencerse de que podría ser aquel su puesto, pues resultaba curioso e intrigante, además de que los números (que eran romanos) siempre tenían fabulosas batallas que contar, aunque difíciles de entender las de V y el XI que con frecuencia hablaban en latín. Mas algo había, algo, que hizo al final que la línea, liniecita abandonara su sitio, aunque eso sí, con nostalgia, por la falta de libertad. Cuántas veces incontables, hubiera deseado adelantar horas y minutos que resultaban aborrecedores y aburridos, o incómodos y desagradables en busca de momentos futuros que prometían ser extraordinarios... Cuántas veces, hubiera vuelto al pasado, a revivir momentos inolvidables, o se hubiera estancado en un instante imperecedero e intenso, en el que le hubiera gustado vivir por siempre...

Y se fue, porque el extraño señor D. Tiempo, nunca apareció para dar cuentas de su caprichoso modo de alargar y acortar las horas, sin parecerlo, y no poder nunca volver al ayer, cuando tantas cosas se podrían arreglar y evitar así.

Amanecía otra página. La línea, liniecita, se había dormido recostada en uno de los cuadros de las hojas, después de una jornada agotadora. Durante la noche de tinta, había soñado con múltiples expediciones y transformaciones, mas sin hallar la que tanto aguardaba (aunque, pregunto, ¿dónde pueden tener la cabeza las líneas?). Y a pesar de ello, incansable y férrea, se irguió decidida a continuar en su búsqueda.

Poco entrado el camino, una fuerza extraña, como el poder de unas manos magníficas e invisibles, comenzó a modelar a disgusto y desaprobación en un pimer momento de la línea, liniecita, su estilizada figura, que sufría torsiones y estirones sin orden ni concierto. Calmada la tempestad, y sin apenas realizar movimiento alguno, y menos brusco, intentó descubrir qué había ocurrido, y sorprendida quedó al contemplar que era, ni más ni menos que la rúbrica de la firma de un insigne pintor. Y aunque al comienzo se sintió algo desconcertada, su reacción inmediata fue la de jactarse de su nueva apariencia, pues por primera vez veía reconocida oficialmente la importancia de su seductora y estilizada línea (y nunca mejor dicho). Sabía que en ella, amplia, describiendo curvas decisas y voluptuosas, descubriendo formas y espontaneidad natural (sabiendo que la bella más bella, es la espontánea), se trazaba rasgos del carácter de aquel hombre, de la compleja personalidad que podía ocultar bajo su extrínseca apariencia, del talento de un artista, que hasta arte imprimía en su

firma, como nos hubiera revelado los grafólogos. Sabía que ella era signo de autenticidad, sobre aquel nombre sonado y que sobre y bajo ella recaía la admiración del gentío y los críticos que alababan sus obras, valiosas y originales, corroboradas por una forma perdurable. Y de este modo, estuvo durante algún tiempo sintiéndose elogiada y disfrutando con goce de su repentina importancia. Mas nada es eterno, y no siendo recuerdo, amor, imaginación o tinta, todo lo demás ha de morir, como aquella pasajera ilusión, que pronto se convirtió en ansias de deshacerse de vez en cuando, de aquel lío de letras para darse un garbeo entre los dibujos del cuadro. Sabía, sin embargo, que era imposible, que debía cuidar estrictamente su dieta y su figura, o caería en el riesgo de convertirse en falsificación... Pero su espíritu aventurero, le hizo ver en ésta, una vida llena de vaciedad, más de cavidades que de interés y que no todo estaba en su belleza física, si dentro carecía de libertad... Resolvió pues, marcharse al encuentro de otro camino que las satisficiera.

Y entre puntos, comas, y puntos y comas, llegó a ser veleta erecta y firme en la parte más alta del campanario, donde dominaba los campos parcelarios, donde el viento, peregrino anciano sabedor de las más diversas y cautivantes historias de sus viajes, se convertía en un compañero apasionante e intrigante. Pero la idea de estar siempre tan firme y recta, a merced del vaivén caprichoso del viento, y soportando

a veces, torbellinos furibundos y coléricos, le hizo añorar el poder sentirse entre el calor del gentío y la vida cotidiana, en sus trivialidades tan originales, porque no le hacía feliz, sentirse dueña de dimensiones, viendo bajo su línea el mundo pequeño que discurría a distancia, demasiada opulencia para su pequeña cabecita (aunque ¿dónde pueden tener la cabeza las líneas?)

Y también se convirtió en el borde de una arcillosa teja de un tejado, y fue confidente de las simpáticas y amenas conversaciones de los gatos, porque ¿a quién no le gustaría en esas noches enigmáticas lunares, asistir al concierto alucinante del maullar significativo de los gatos y entender sus extraños pensamientos?. Pero la línea, liniecita, pronto comenzó a sentirse aburrida y herida, por las garras felinas, por sus criterios incomprensibles a veces, por la saciedad del día hinchado con el vetusto calor del sol. Y decidió marchar, mas sin sentirse abatida, porque sabía que de cada una de sus andaduras, y puede que algún fracaso, sacaba siempre algo provechoso y se haría fuerte, y de todo aquello era necesario para perdurar en la meta que se había fijado, ante la que no desistiría hasta encontrarla. Porque eso era la vida, una batalla que, enriquece si no te rindes hasta el final.

Y así, luchando, llegó a ser la mecha de una vela que encendida iluminaba, mas también se consumía, el cordón de un zapato emigrante, que un día fue deshechado por unos cómodos zapatos que no se

ataban, la cuerda de una careta carnavalesca que hacía reír y soñar a los niños, pero también ocultaba un rostro verdadero, y el ojo de una cerradura que desvelaba secretos y abría puertas mas también cerraba y negaba verdades, y fue pestaña de unos ojos que leían, sonreían y se recreaban, mas también lloraban y reflejaban tristezas... y la línea, liniecita, fue eslabón de la cadena de un columpio, el radio de una bicicleta, la sombra de una aguja, el hilo que cosía un botón, el punto suelto de una media, y una viga, y cable de un poste telegráfico, una de las líneas de la carretera, el eje de una rueda, la línea de un pentagrama, una hierba, cañón de una pluma, el mástil de un barco, un rayo de sol y el pico de una estrella, la aguja de un pino, el perfil de un muñeco, verde de un semáforo, la varilla de un paraguas, una de las líneas de la mano... pero no era aquello lo que esperaba. Y así, en su fabuloso viajar se encontró un día ante una amplia y eminente escalera. Y por qué negar, que la primera idea que cruzó por su mente (aunque, ¿sabes dónde tienen las líneas su cabecita?) fue la de que sería triste ser escalera, pisada sin reparo y tan ínfimamente valorada, ésta pronto fue abolida por el torrente de aprobaciones que nacieron en su pensar.

Una escalera, era esencial en la vida. Todo el mundo había tenido la necesidad algún día de utilizarla, y ésta poseía el encanto de la belleza innata y oculta. Era indispensable para poder unir muchos

lugares, y en algunos casos resultaba un puente que enlazaba. Una escalera podía llevar a cualquier parte. Una escalera combatía ahora a los ascensores modernos y faltos de imaginación, donde tan sólo se desarrollan breves y huecas conversaciones sobre temas vacíos para salvar el momento comprometedor del silencio. Sin embargo, en una escalera, en un escalón, porque escalón a escalón se hace la escalera, la línea, liniecita, podría presenciar los cordiales encuentros de los transeúntes, sentir las pisadas y huellas de tantos diversos caracteres y convivir entre el calor del vulgo que pasaba y en ocasiones se detenía. En una escalera podías subir, alcanzando el lugar que esperabas y también podías bajar, retroceder un momento para recoger a aquel que necesitaba un impulso o se había quedado atrás. En una escalera, podían jugar y saltar los niños sus escalones, de dos en dos, o de tres en tres... En una escalera podía haber arte, e incluso pisada envejecida, con la enfermedad del tiempo, podría cobrar esa suciedad augusta que se convierte en el mas bello adorno de la piedra, con la hermosura madura de la experiencia. Las escaleras podían ser serias, rectas, cortas, largas, juguetonas, de caracol, artísticas, naturales, picadas en piedra, distintas, coma las personas... Incluso la vida misma era una escalera, con un comienzo, un final, una meta, siempre ascendiendo, pudiendo caerte y levantarte, con sus momentos de cansancio y tras él de euforia siempre deseando vencer y llegar, pero

no solo... Y la línea, liniecita, deseó ardientemente ser el borde de un escalón, porque escalón a escalón se hace una escalera, igual que la vida misma, y cada uno de ellos, era imprescindible individual y colectivamente. Y allí se quedó, feliz y dichosa, porque además ya había crecido y ensanchado, con la que la vida le había hecho luchar y esperaba que le continuara haciendo, para su superación. Y la línea, liniecita, se convirtió en una gran línea, en una traza distinguida y con propiedad. Y su corazón, se sintió inmensamente feliz (aunque, ¿dónde pueden tener las líneas el corazón?).